

11

Iluska hizo una ligera tentativa de rebelión.

—¿Casarme con un hombre que habla latín? Me parecerá que me meto en la cama con un breviario.

—Pues ¿qué quieres hacer sola por el mundo? Necesitas un hombre que te guíe.

Un día recibió una larga carta de enhorabuena y de aliento, de una señora amiga de la familia. Otro día, un ramo de flores de una prima. Un pariente lejano, encontrado al azar, le preguntó cuándo era la boda.

—¿La triste ceremonia? — respondió ella.—No lo sé.

La tía, Donatella, el profesor, llevaban a casa grandes paquetes, hablaban de documentos, iban y venían a la Alcaldía, señalaban fechas.

—Pero ¿cuándo he dicho yo nunca que sí?—preguntaba Iluska.

Ella daba vueltas por la ciudad, por la colina, y volvía a casa cansada.

Una mañana se halló ante la casa de Mauro. Llamó. Volvió a llamar.

Retornó al día siguiente.

—Se le ve muy poco—dijo la portera.

Le escribió. No tuvo respuesta.

En casa preparaban la exposición del equipo, y enviaban tarjetas de invitación.

Iluska se halló en casa un día de Mayo, lleno de vibraciones luminosas, en el que hubiera sido tan delicioso quedarse junto a la ventana, sola, en silencio. Pero la estancia fué invadida por señoritas maliciosas, damas comadres y hombres irónicos, que admirando el equipo de la novia, comentaban, a la vez que la finura de los tejidos, las dimensiones del continente, para sacar deducciones del contenido. En un impetu de rubor y desdén, hubiera querido echarlos a todos de casa, pero juzgó más sencillo, marcharse, sin saludar a ninguno. Se quedó el profesor, feliz, tragándose las sonrisas de dos o tres colegas, los cuales, discutiendo sobre los sistemas de engarce y sobre el mecanismo de los botones, se reían de él que iba a tener la dicha de admirar todas aquellas pícaras cosas en pleno funcionamiento.

La misma noche de la llegada llevaron a Iluska a su casa, para que admirase las muestras de buen gusto del esposo y apreciase la minuciosa previsión de la tía. Pero ella suspiró de alivio cuando volvió a hallarse en la casa paterna, en su camita de soltera.

Llegaron los regalos.

Estuches de terciopelo, estuches de seda, estuches de cuero, 80 cubiertos, 7 lápices de oro, con doce minas de recambio cada uno (en total, 84 minas); tres servicios de helado, un catalejo, 12 gemelos de madreperla, 5 juegos de té, un cuadro de Donatella (marina); un pequeño tapiz de Donatella (pequeña marina); un piano vertical, regalo de cierto tío del novio. Advertencia: ni el novio ni la novia se conocían apenas. Un piano de cola (otro tío; véase la advertencia); un servicio para espárragos; un corta-criadillas, de plata; 3 gramófonos con discos dobles; 8 pinzas de plata, para el azúcar; 46 piezas, entre vasos, frasquitos y cajitas de cristal, porcelana y *biscuit*.

El novio regaló a Iluska un brillante un poco amarillento, pero bonito. El padre, un bolso de oro y una piel de marta; la tía, en sociedad con el veterinario (¡oh! lo que se ve) una larga cadena con una cruz de brillantes.

De un desconocido llegó hasta la novia un lazo rojo, con una gota de rubí.

—¿Quién puede ser?

Se pensó en todos los amigos, en todos los parientes.

Y el enigma quedó sin solución.

Méltita recordaba que cierto día, en el albergue de caza de un gran rey, mientras ella se rasuraba la nuca a la *victime*, un joven que amaba la había dicho:

—Tienes un hermoso cuello para la guillotina. Te sentaría bien un lazo rojo con una gota de rubí, colgando sobre la fuente de la garganta.

¿Y el hermano Sándor? No había escrito una sola palabra de parabién ni se sabía nada de él.

—¡Es extraño!—musitó Donatella.

—¡Es tan extravagante!—comentó el veterinario.

—¿No sabes tú nada?—preguntó a Iluska la tía.

La tía sabía algo. Cierta día que estaba sola en casa un montaraz de rostro quemado por los hielos se presentó a descubrirle entre lágrimas, que su amo había desaparecido en una hendidura. Todos los días se asomaba a ella como quien visita una tumba; y agazapado en el borde, escrutaba el abismo, buscando lo invisible. Buscaba acaso un cuerpo de muchacha que desde hacía muchos años le negaban los hielos. Y una noche no volvió. Sobre la orilla del abismo, Páprika, la compañera de pelo rojo, lanzaba al aire sus más dolorosos aullidos, como si lo llamara.

—Aquella mañana—dijo el criado de Sándor—yo había vuelto del llano, y le había llevado esta carta.

La tía buscó sus gafas.

Era una carta de Iluska, en la que contaba su

desesperación por el amor perdido, y la vergüenza de ser echada en brazos de aquel hinchado erudito, por una fórmula que se llama matrimonio, y que en su caso era la más innoble de las prostituciones.

La tía despidió al mensajero de la muerte. Convenía que lo sucedido no se supiera, para no estropear la boda, para no amargar la fiesta.

*
* *

Y la fiesta llegó. Iluska se entregó pasivamente a las manos que la ceñían de velos y que le fijaban flores de azahar. Sonrió a los hombres de sombrero de copa, subió al coche, bajó, dijo que sí, dió las gracias, dió el brazo al esposo, y se sentó a la mesa.

El acontecimiento fué ruidoso. El señor Virgili, padre de la esposa, era conocidísimo en el mundo de los negocios, siendo uno de esos patriotas industriales que tienen una fe inquebrantable en los destinos de la Patria, pero que ponen a salvo sus ganancias en los Bancos de Londres y Nueva-York.

El esposo habíase puesto un monóculo, para presentar un aspecto más de mundo, pero en el llevarlo demostraba una especie de cansancio semejante al de los perros que descansan sobre las dos patas de atrás.

Era el verdadero tipo del braquicéfalo piamontés. La cara pálida cuadrada, cortada verticalmente por dos largos bigotes negros, y horizontalmente por la corbata negra y el cabello negro, parecía una esqueleta mortuoria.

Las vueltas del frac, un poco anticuado, mostraban toda clase de condecoraciones, incluso la Langosta Verde del lago Titicaca, y el Gran Cinturón Heráldico de Mahomet.

También los respectivos testigos de los esposos mostraban algunas condecoraciones humorísticas: caballeros del Papa o comendadores de Montenegro,

o condecoraciones de prestidigitador-ilusionista. Uno de los testigos era profesor de griego en la Universidad, uno de esos profesores bonachones, que estrechan la mano contra las dos suyas, a manera de *sandwich*, no juegan a nada, un lápiz les dura toda la vida, y les da un ataque de apoplejía cada vez que oyen alabar al muy moderno Héctor Romanogli, representante para Italia de la antigua razón social Esquilo, Sófocles y Compañía.

El otro testigo era un escritor robusto. Se llaman escritores robustos aquellos que han sufrido una tremenda equivocación no haciéndose mozos de cuerda.

El banquete nupcial tenía nada menos que cuarenta cubiertos.

—Cuarenta personas—pensó la esposa—que se dan cuarenta a racones a mi salud.

Entre las personalidades eminentes sobresalían un diputado agrario (botas con elásticos a los lados), un Caballero de Capa y Espada, un Oficial del Santo Sepulcro, y un célebre médico, profesor de Universidad, especialista en enfermedades de los pelos.

Iluska se veía en medio de todos, como una prisionera. Recordaba una frase inconveniente, pero pintoresca, que dijo la actriz, amante de Mauro, en la montaña:

—¡Qué náuseas, los hombres! ¡Esos seres que en las calles hacen cola delante de los urinarios!

Más pálida que de costumbre, en aquel ridículo candor florido, se sentía molestá por las miradas de los comensales, a ambos lados de ella. Sufría la humillación de ser expuesta al público durante la ceremonia, el paseo en coche y el almuerzo. Pensaba:

«Me han vestido de esta manera, con la ridícula librea de la pureza, para que sepan todos que esta noche podrá desnudarme este hombre, gozar de mi carne, echar en mi cuerpo el producto de una preventiva cura reconstituyente.»

—Habla, mujer—le incitaba la tía, tocándola con el codo.—Dile algo a tu marido.

Ella hubiese querido gritar:

—Me cisco en él. Me cisco en todos. Me cisco hasta en mí misma, porque ninguna zorrilla está expuesta como yo a las calladas burlas de esta gentuza que ha bebido en mi honor. Lo que más procura ocultar todo el mundo, el amor, el acto sexual, el rito que se cumple en secreto, estos lo hacen objeto de cháchara, de plácemes, de enhorabuenas. Nadie sabe lo que esta noche sucederá en las casas de los demás. Pero todos saben lo que sucederá en la mía. Lo llamado boda, lo llamado himeneo, lo llamado sueño realizado es siempre un...

Y volvía a su memoria la palabra rígidamente científica que salía de la boca blindada de oro del simpático doctor Wolf. El acto del amor, que es inmoral si se le comete a escondidas, sin informar a nadie, se hace milagrosamente puro si se le anuncia a todos por carta y en los diarios, y si se invita al banquete a cuarenta bestias famélicas.

Las señoras se divertían con las ingeniosidades de los caballeros: la langosta fué alabada por su virtud afrodisíaca.

—No es verdad.

—Es verdad.

—Lo notará la esposa.

—Se lo auguro al esposo.

Se encomió la pureza de la muchacha, se desaprobó su manía de errar por el mundo, se consideró la amplitud de su pelvis, haciendo sin embargo alguna reserva sobre el volumen de su seno.

—Dile algo a tu esposo—solicitaba la tía.

Los camareros llenaban continuamente las copas. Risas insolentes corrían de un extremo a otro, y las más ingeniosas obscenidades se transmitían de boca en boca, por detrás de las espaldas de las damas, pero en un quedo rumor que permitía a las mismas enterarse.

El padre de Iluska combinaba una venta de hierro viejo, con el vecino.

—Tu esposo te habla y tú no le contestas—insistió la tía.

—Es la emoción—explicó una señora entrometida, mordiendo un muslo de faisán.

Iluska estaba abstraída en un punto del mantel, atormentando con las uñas un nudo del tejido.

—¿Me permite?—dijo el camarero, sirviéndole fresas con ron.

Fresas.

Miró la fecha en el menú. San Juan.

—¡Pero si siempre te han gustado tanto las fresas!—le riñó la tía.—¡Si toda la vida has sido golosa!

Iluska retiró el plato delicadamente, como si se lo ofreciese a alguien, y se puso a llorar, como jamás había llorado en su vida. Todos se levantaron y la rodearon.

Al esposo se le cayó el monóculo, pero lo recogió y volvió a quedar el ojo en escapatate.

—Agua.

—Sales.

—Un poco de vinagre.

—Pero ¿qué tiene?

—¡Ah, pobrecita!

—Es la emoción.

—Mojadle la frente.

—Las siehes.

—Hielo.

—Hay que desabrocharla.

—Desmayada.

—Parece que pasa..

—¿Quieres salir?

—Sí.

—¿Puedes volver a la mesa?

—Sí.

—Es la alegría, ¿verdad?

—Sí, sí. Es la alegría.

Había jurado renunciar a la propia personalidad.

—Te hubiera sentado bien el aire—sentenció el

subteniente veterinario, en uniforme de gala.—¿Por qué no has querido salir?

—Si salía no entraba más.

—Un sorbo de champán pone las cosas en su sitio—imbecileó una señorita provinciana, que debía beber muy de tarde en tarde.

La explosión de los taponazos fué la señal para los discursos. Después de un breve prelude de modestia obligatoria (primero usted, profesor; no, primero usted, caballero; yo no sé hablar; yo no soy orador) mientras se martilleaba en las copas para obtener silencio, un señor se levantó.

Un golpe de tos. Ojeada circular.

—En este fausto día, en que nos hemos reunido todos en camaradería franca y alegre, para festejar el himeneo de la ciencia (*aplausos*) con la inocencia (*comentarios*), las bodas del erudito que todo lo sabe (*aprobaciones*) con la muchacha que nada sabe aún de la vida (*sonrisas benevolentes de las damas; tacto de pies por debajo de la mesa*), en este fausto día repito, siento vivamente que mi torpe palabra no sepa expresar la muchedumbre de sentimientos que bullen en mi corazón. No sabré yo cantar dignamente los méritos de quienes hoy doblan el rígido papel de su obra duradera, para abrir el libro de su viaje por el amor (*ovaciones prolongadas*), para empalmar la casta flor cuyo cuerpo alberga un alma immaculada (*aprobaciones*), la muchacha que suma a la belleza del semblante las más escogidas virtudes del corazón y de la mente (*vivísimos aplausos sobre todos los platos*). Levanto mi copa en homenaje a este símbolo de gracia para el que se han encendido, por fin, las luminarias del día deseado, y cuyas virtudes uno a las de la blanca muchacha que hoy le ofrece, con sus cándidos velos una pureza heredada de los sanos principios de la familia en cuyo seno ha nacido, pureza que es prenda segura de fidelidad y de amor (*señales de cansancio en el*

auditorio). Si no temiera cansaros, referiría una anécdota (*señales de atención*), que demuestra cómo...

Sigue la anécdota. Idio'a. Desatención general. Pero después el calamitoso orador vuelve a hablar de la copa, de los más hondos latidos, de la región precordial, y desea una vida larga, esmaltada de *bebés*, porque allí donde están los hijos está la felicidad; y el discurso se apaga bajo la explosión de los aplausos unánimes.

Apretones de manos.

Otro orador: el escritor robusto se levanta con dominadora solemnidad.

—Insistentemente requerido para decir dos palabras, venzo mi repulsión instintiva, y hablo.

Aprobación. Pausa. Durante su accionar prosopopéyico, le entra en el puño un poco de champán. Continúa, como si buscara las frases.

—Osado empeño es, en verdad, hablar aquí, en medio de esta selección de hombres habituados a hacerlo en la cátedra, desde la tribuna parlamentaria, desde el escaño de los tribunales, acostumbrados a formular la verdad eterna de la ciencia y la verdad relativa y circunstancial del derecho, ante los escaños de los jueces o en las asambleas de los sabios. Diré, pues, yo también con el fiero Alóbroge...

Y después del fiero Alóbroge fueron citados el Bardo de la democracia, el Ghibelin fugitivo, el Saboyano de los remordimientos amarillos, y Turín que fué cuna de los movimientos revolucionarios del 21. Los invitados, entre tanto, hablaban de sus negocios, de la cura de Montecatini, del propio dueño de la casa, se servían vino, encendían cigarros, se desabrochaban el chaleco, se metían en el bolsillo una banana, o cuatro dátiles, o un cuchillito, y de cuando en cuando cogían al vuelo una frase: ...conserva, pero no esconde... todo lo vence el amor... amor que a nadie amó, el amor perdona... el hogar... la santa alegría... la familia, núcleo de la sociedad...

y hasta que el sol resplandezca sobre las miserias humanas.

Sirvieron el café.

Aplausos a la «feliz improvisación» preparada quince días antes.

—En nombre de los estudiantes de la Universidad...

Todos se volvieron hacia el fondo, en donde un pálido efebo de líneas delicadas de onanista levantaba la copa en representación de la juventud estudiosa, que asistía en espíritu a la boda del insigne sabio, del gran artesano que primeramente en un oficio templó sus nervios de acero, y que como dijo bien el filósofo ¡ay de mí! muy pronto olvidado...

Abrazos entre el alumno y el profesor. Lágrimas sobre los bigotes merovingios. Aplausos conmovidos del público. Risas de los camareros. Una señora absorbe con la servilleta cierto vaso de Burdeos extra-viejo que le han vertido sobre su vestido blanco.

—No mancha—decreta un profesor de lenguas muertas.

—¡Alegría!—proclama un hombre de barba roja, que no es el marido.

La tía prescribe inmediatamente una de las «Mil recetas útiles».

—¡Señores!

Otro orador. Es el corresponsal de «El Vengador de los Cuñados», semanario independiente. Por el discurso puede conocerse que es periodista, porque cita, en efecto, el imperativo categórico, el agnosticismo, un primer tiempo, un segundo tiempo y el estúpido siglo diecinueve. Para mostrar su desenvoltura oratoria, se balancea ligeramente, y teniendo una mano en el bolsillo del pantalón, juguetea con el dinero tintineante.

Se habla en voz baja del esposo, viejo amigo de familia, que fué tesigo en la primera boda de ella.